

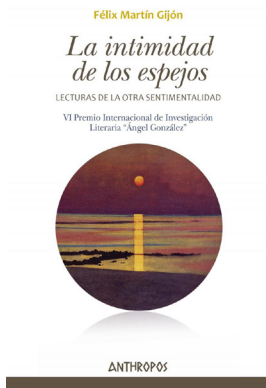
## Historia leída a través de una ciudad<sup>1,2</sup>

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA

Universidad de Granada

*España*

garciaga@ugr.es



**Martín Gijón, Félix (2021).**

*La intimidad de los espejos. Lecturas de La otra sentimentalidad.*

Ed: Anthropos.  
Barcelona, (Autores,  
Textos y Temas).

“Siempre olvidamos descender hasta los fundamentos. No ponemos los signos de interrogación a suficiente profundidad”. La idea es de Wittgenstein y la recuerda George Steiner en un libro curiosamente titulado *La poesía del pensamiento*. Digo “curiosamente” porque con esta imagen tan unamuniana del pensamiento que poetiza o de la poesía que piensa estamos ya en el terreno propio de *La otra sentimentalidad*, dada la insistencia de los poetas que la integraron en diluir las fronteras entre la razón y el sentimiento o el entendimiento y la sensibilidad, por emplear dos conceptos más kantianos y reveladores de la cons-

titución bifronte del sujeto por la ideología burguesa clásica. Si algo hace el libro extraordinario que hoy presentamos, justo merecedor del VI Premio Internacional de Investigación Literaria Ángel González (y sin duda es otra coincidencia feliz, porque este poeta resulta indispensable en el panteón de los jóvenes granadinos de los años 80), es descender siempre hasta los fundamentos, no cansarse nunca de poner los signos de interrogación a la suficiente (yo diría necesaria) profundidad.

No creo que esto haya sido lo usual cuando se ha abordado esta corriente poética granadina, incluso en los círculos académicos más rigurosos, entre la crítica especializada en la historia de la poesía española reciente, que a veces parecía y parece hablar de oídas, confundiendo incluso el nombre adoptado y trocándolo por el de “nueva sentimentalidad”, lo cual comienza por estropear el concepto y los propósitos no estrictamente poéticos o no solo poéticos, sino también políticos e ideológicos, que albergaba. Para ser más exactos, no es que la poesía se concibiera al margen de la ideología y era así como se conjuraba el fantasma equívoco de la política. Al menos eso era lo

<sup>1</sup> Para citar este artículo: García, Miguel Ángel (2023). Historia leída a través de una ciudad (reseña). *Álabe* 28.

<sup>2</sup> Este texto fue leído en La Madraza, Universidad de Granada, el 29 de marzo de 2023 dentro de los actos organizados para conmemorar el 40 aniversario de *La otra sentimentalidad*.

preconizado por los planteamientos teóricos fuertes que había detrás de esta propuesta poética. Planteamientos que no han querido o no han sabido entenderse, no porque fueran duros o difíciles en sí mismos sino porque exigían un salto, un corte epistemológico –por decirlo con Althusser– que no todo el mundo, preso en las rejas de la ideología hegemónica, por supuesto inconsciente, está dispuesto a intentar. Me refiero a las proposiciones teóricas del profesor Juan Carlos Rodríguez fundadas en el marxismo, porque luego estaban y han seguido estando los planteamientos teórico-poéticos del grupo (vamos a llamarlo así para entendernos, aunque estos poetas no quisieron presentarse como un movimiento y muchos menos como una escuela, e hicieron bien). Se trata de reflexiones de poetas desdoblados en críticos y profesores, ejercicios de poética en prosa y por descontado en verso no menos fundamentales que los trabajos filosóficos, teórico e histórico-literarios del profesor Rodríguez. Y en última instancia, pero desde luego en primer lugar para los simples y escasos lectores de poesía, estaba la práctica poética concreta, los poemas sin duda magníficos de Luis García Montero, Javier Egea, Álvaro Salvador, Ángeles Mora, Antonio Jiménez Millán, Teresa Gómez e Inmaculada Mengíbar (podrían añadirse otros nombres pero me parece que todo el mundo está de acuerdo en que esta es la nómina esencial).

No ahorrándose ni en una sola línea descender hasta los fundamentos y colocar los signos de interrogación a la suficiente profundidad –qué fue *La otra sentimentalidad*, cómo surgió y por qué, qué se propuso, cuál fue su alcance entonces y qué significado podemos otorgarle aún hoy, cómo podemos hacer su historia o mejor *historizarla*–, el autor de este libro nunca habla de oídas ni por hablar. Nun-

ca deforma un razonamiento, una posición, ni traiciona la lógica histórica y productiva de un poema o un artículo. Nunca vulgariza o simplifica unos argumentos para darlos a entender, nunca es apresurado ni superficial. Pone a hablar unos textos con otros para que se iluminen recíprocamente. Su acopio de lecturas, su conocimiento del asunto tratado, su rescate de materiales, su capacidad de relación, su sabiduría crítica y su calma a la hora de tejer y tejer de modo incansable unos textos con otros, hasta obtener el *tejido conjuntivo* que es este libro, resultan en verdad pasmosos por inusuales. Tejido conjuntivo, sí, orgánico, indisolublemente entramado, como si el oficio de crítico e historiador literario, en el que nunca se debe prescindir de los textos, se convirtiera en labor de histólogo.

Los primeros que salen ganando son los poetas así iluminados. Y desde luego una forma de entender la poesía que siempre quiso ser una forma de vida, como dijo ese gran animador teórico de *La otra sentimentalidad* que fue Juan Carlos Rodríguez. Sin él sencillamente este sueño poético y vital hubiera sido otra cosa, posiblemente con igual altura y la misma dimensión, pero otra cosa. Martín Gijón lo sabe de sobra y lo que hace a cada paso es acercarse en primer lugar, con todo respeto pero con absoluto conocimiento, al pensamiento distinto del maestro y a partir de ahí devanar la madeja o tirar del ovillo. Siempre opta por la misma forma de proceder, haciendo válida la idea no tan perogrullesca de que bueno será comenzar por el principio. Y los resultados son magníficos por la sencilla razón de que nadie lo había hecho así hasta el momento. *La intimidad de los espejos* se convierte de este modo en un teatro inesperado para observar cómo pensaba el profesor Rodríguez la poesía, cómo la concebían sus discípulos poetas y como la ma-

terializaban en la práctica, con los inevitables y quizás necesarios desajustes entre cada uno de estos tres planos.

Todos los documentos estaban ahí, desde el libro fundamental de Rodríguez sobre *La otra sentimentalidad*, con textos de la época y otros nuevos, a los manifiestos, declaraciones, artículos, poéticas y poemas de los poetas. Y por supuesto también estaba lo que la crítica y la historia literarias, cada vez más interesadas en esta corriente granadina, hayan podido decir sobre ella, mejor o peor dicho, pero en muchos casos, insisto, sin desentrañar con la profundidad y el rigor deseables de qué hablaba Juan Carlos Rodríguez cuando hablaba de literatura, qué quería decir realmente cuando decía que la literatura y por lo tanto también la poesía son un discurso ideológico y radicalmente histórico. Porque cuántas veces uno ha tenido que leer estas afirmaciones, o la no menos conocida de que “La literatura no ha existido siempre”, como si fueran una especie de fórmulas ya con cierta circulación, de algún modo consabidas, pero a la vez desgajadas de una problemática teórica fuerte –la del marxismo y la literatura, la del marxismo y nuestra vida– que se acepta o no se acepta, pero que no se malbarata ni caricaturiza, no se reduce a su mera corteza externa, a clichés que se repiten de oídas por quien no comprende o no quiere comprender. Todo estaba ahí: textos y más textos, teóricos, críticos, poéticos, todos con su fondo histórico, pero había que saber leerlos, ordenarnos, ponerlos a dialogar, tejerlos, y esto es lo que ha hecho el autor de *La intimidad de los espejos* como nadie había sentido hasta ahora la necesidad de hacer.

Sabemos que la vida casi nunca es justa, pero hubiera sido una alegría que hoy Juan Carlos Rodríguez y Ángeles Mora estuviesen presentando este libro junto a su autor, com-

primiendo el tiempo y enlazando con las presentaciones de algunos de estos poetas, hoy ya míticas, que hizo el maestro a comienzos de los 80. Es lo que hubieran merecido ellos, Juan Carlos y Ángeles, como el resto de protagonistas de aquella historia; y lo que hubiera merecido este libro que tanto homenaja cuarenta años después una forma de pensar y de escribir que aún hoy nos sigue cautivando, arañando, sin duda porque aún nos dice nuestras vidas. No podrá objetárseme que estas reflexiones de Ángeles Mora, escritas en 2009 y que extraigo de dos páginas distintas de *La intimidad de los espejos*, no son del todo acordes con el proyecto originario de *La otra sentimentalidad* y no dicen nuestro mundo: la reflexión poética que se pregunta por las cuestiones radicales del ser humano no puede desconectarse nunca de nuestro día a día, es decir, de nuestra historia; la poesía es una manera de pensar nuestra vida; cuando analizamos y cuestionamos poéticamente nuestros sentimientos y nuestra manera de pensar, estamos llevando la poesía a la historia, estamos cotidianizando la poesía y no subiéndonos a las ramas hermosas de las palabras sublimes, que nos hacen flotar en falso, poetizar la vida (p. 29). Hay poetas que no cesan de andar por las ramas o por las nubes, en efecto, poetas que poetizan tanto la vida que no se parece a nuestra vida cotidiana; incluso poetizan tanto la poesía que somos incapaces de reconocer en ella nuestra diaria palabra. Y continúa diciendo Ángeles Mora que por muchos detractores que tenga esta línea poética reflexiva y realista (se refiere, para entendernos, a la poesía de la experiencia, la corriente general en la que acabó confluyendo *La otra sentimentalidad*) constituye una fuente inagotable de poesía, entendida como la mejor manera de acercarse a la soledad de cada uno y a la soledad de todos, pues uno a uno perdido

entre sus semejantes, condenados todos cada vez más a ser solitarios en vez de solidarios, es una historia que nos mata (p. 109).

No me he resistido a reproducir, aunque no literalmente, estas reflexiones de Mora porque dan muy bien la medida de los textos con los que nos encontramos en *La intimidad de los espejos* y porque, lúcidas como son, contienen algunos elementos esenciales que estaban en el origen de La otra sentimentalidad, sobre todo la búsqueda de una sociedad distinta a la capitalista. Por eso se pueden conectar sin mayor problema con los versos del poema “Verano del 83” en que Álvaro Salvador, recordando aquellos momentos centrales, habla de la ilusión de transformar el mundo “y la ilusión por convertir los sentimientos / en otros sentimientos más nobles y más útiles / a través de la historia y las palabras” (p. 88). No consistió en otra cosa aquella intentona, pero lo que Salvador condensa en tres o cuatro versos afortunados es desarrollado con todo lujo de detalles por el autor de este libro, que en el prólogo se pregunta, haciendo un guiño al Jorge Guillén que recordó en un poema el homenaje a Góngora en la Sevilla de 1927, punto de partida del grupo o la generación así llamada, si aquel momento es ya una leyenda (p. 15). Sin duda así cabría considerarlo, dado que no solo se soñó con otra poesía, sino al mismo tiempo con otra sentimentalidad, otra moral, otro inconsciente vital y cotidiano, fuera de la soledad insolidaria, la violencia y la explotación de las relaciones sociales capitalistas.

Lo primero que hace Martín Gijón es irse a la antología de 1983 y analizar con pormenor los manifiestos que la acompañan para poner de relieve, por ejemplo, cómo Luis García Montero habla del intento de construir una sentimentalidad distinta, exterior a la disciplina burguesa de la vida. Reflexionar de la mano

de Machado sobre el carácter histórico de los sentimientos equivalía a convertirlos en terreno de lucha ideológica (p. 38). En este primer manifiesto, el más difundido y polémico por algunas de sus afirmaciones, como las que subrayaban el artificio o la mentira de la poesía, la ficción del yo poético frente a la ideología burguesa del sujeto expresivo (“poesía soy yo”), se dejaba claro asimismo que no era posible una poesía nueva sin una nueva moral. Recurriendo al Althusser que nos enseñó hasta qué punto una ruptura nunca es total y resulta trabajosa, hasta qué punto es difícil salir del espacio cerrado de una problemática teórica, pues no basta con situarse sin más en su exterior para estar fuera de ella, el autor de *La intimidad de los espejos* se pregunta muy oportunamente en qué medida La otra sentimentalidad logró instalarse en el terreno abierto por el marxismo, desligarse de la herencia ideológica recibida y elaborar en la escritura esa nueva moral exterior a la disciplina burguesa de la vida (p. 41). La cuestión no es fácil y Martín Gijón responde que estos poetas intentaron al menos salir del círculo permaneciendo en él, alumbrando en lo posible una nueva práctica de la poesía, como señalaba su maestro Juan Carlos Rodríguez siguiendo a Althusser, quien a la vez reclamó una nueva práctica de la filosofía.

Por su parte, el artículo/manifiesto de Álvaro Salvador incluido en esa célebre antología del 83 es “un ejercicio de límites y distancias: las que establece Machado entre la nueva sensibilidad y la nueva sentimentalidad, pero también las que existen entre el poeta sevillano y la propuesta de los jóvenes granadinos, entre la nueva sentimentalidad y una otra sentimentalidad” (p. 44). No era simple prurito terminológico o conceptual: se trataba de moverse o bien en la ideología burguesa kantiana de la sensibilidad, incluso en la ideología pequeño-



burguesa machadiana de la sentimentalidad, o bien en “una otra sentimentalidad” –con calco gramatical del francés– auspiciada por el marxismo en ruptura con el capitalismo. Salvador se llevaba a Machado/Mairena a su terreno resaltando que piensa los sentimientos no como algo eterno sino históricamente fechado, como producto de un horizonte ideológico concreto. Solo cuando la vida y sus relaciones (relaciones capitalistas, puntualizo, aunque en este párrafo básico de su manifiesto Salvador no las apellida así) no solo se entienden de otra manera, sino que también se viven de otra manera, solo entonces, puede hablarse de otra sentimentalidad, de otra poesía, sentenciaba este autor. Marcaba por lo demás la ruptura inscrita en el concepto de “una otra sentimentalidad” al parafrasear a Machado, como precisa con presteza como siempre Martín Gijón (p. 51), y concluir de forma rotunda lo siguiente: “No es que ellos no sientan, es que nosotros nos negamos a sentir como ellos, a sentir en el pasado y en la muerte”. No se dirigía solo a esos poetas que creen que les basta sentir para ser eternos, como asimismo dice Machado, sino también y fundamentalmente a quienes sentimos con la sentimentalidad burguesa –porque así nos lo dicta nuestro inconsciente– la patria, el amor, la familia.

Y el análisis del librito de 1983 no estaría completo sin la lectura, tan magistral como minuciosa, que Martín Gijón lleva a cabo de la admirable “Poética” de Javier Egea. Invito a los posibles lectores de *La intimidad de los espejos* a demorarse en estas páginas en que nuestro joven crítico potencia hasta el máximo el brillo del poema, que ya es mucho por sí solo, tejiendo relaciones con el Juan Ramón Jiménez de la mujer/poesía desnuda, por supuesto, pero también con Bécquer, Baudelaire, Darío, Villaespesa, Neruda, Celaya, José Agustín Go-

ytiloso y Ángel González, todos traídos con oportunidad porque arrojan luz sobre el texto analizado, adensándolo y volviéndolo más rico en matices. No estamos ante un ejercicio de crítica *hidráulica*, de fuentes e influencias, sino ante lo que me atrevería a llamar el gusto por los textos en contacto, siempre con la intención de crear el mencionado tejido conjuntivo; un arte no fácil que exige un gran cúmulo de lecturas, además de una memoria portentosa y finura a la hora de cazar conexiones. Quien crea que exagero que se adentre no ya en el cuerpo del texto sino en las numerosas notas a pie del libro, muchas de ellas merecedoras, por su jugosidad y relevancia, que las aleja de la triste y fúnebre erudición que condenó Dámaso Alonso, de ser elevadas a ese mismo cuerpo. Toda esa constelación textual permite concluir a nuestro autor que en la imagen final de la poesía como pequeño pueblo en armas contra la soledad (de nuevo la soledad de nuestras vidas), se concentra buena parte del proyecto poético de Egea, una historia de la explotación y del frío (p. 65), pero también del proyecto de *La otra sentimentalidad: la lucha ideológica desde la poesía y en la poesía*, por la poesía (p. 66).

El empeño por descender hasta los fundamentos, por ponerlo todo bajo la lupa, a una luz implacable, hasta casi la última mota de polvo, lleva al autor de este libro a desmenuzar “aquel sintagma extraño” –a su vez este segundo sintagma se debe a Juan Carlos Rodríguez– que fue *La otra sentimentalidad*. Martín Gijón repasa los rasgos relativos (amistosos y de afinidades electivas en poesía) que habrían unido al grupo, al que en cualquier caso considera intangible o difuso, y detalla el magisterio del profesor Rodríguez a la vez que se pregunta si la antología de 1983 tuvo algo de maniobra literaria, como la primera de Diego y las dos de

Castellet (p. 104). Recuerda cómo Egea dejaba claro por entonces que no se trataba de ningún movimiento sino de tomar conciencia de la muerte de unos valores que habían ordenado el mundo durante mucho tiempo y por lo tanto también la poesía (p. 107). Había que romper con la correlación de las dicotomías razón/sentimiento y público/privado asignándole a la intimidad un carácter histórico y convirtiendo los sentimientos, como pedía García Montero, en un campo de batalla ideológico, en un frente en el que se puede guerrear (p. 121).

Lo curioso es que, cuando en su libro *Dichos y escritos* Juan Carlos Rodríguez trata de explicar lo que pudo ser La otra sentimentalidad, no solo plantea que el proyecto ya se habría desvanecido en el mismo 1983, con la publicación de la antología/manifiesto, sino que al injertarlo en los términos machadianos de la nueva sentimentalidad se habría volatilizado su sentido originario y que en esta disolución habría sido inevitable recurrir a la herencia de Machado, Gil de Biedma, Alberti y Ángel González (p. 127). Es decir, inventarse una tradición, leerse a sí mismo a través de otros, como señala Martín Gijón ya desde el prólogo de su libro, donde aborda la cuestión de los poetas lectores y los lectores poetas. Es un síntoma de que la práctica teórico-literaria de la radical historicidad y de la producción ideológica iba quizás por un lado y la práctica teórico-poética de La otra sentimentalidad (y no digamos la de la poesía de la experiencia) por otro, aunque se dieran los inevitables trasvases entre ambas. Y ni que decir tiene, los poemas siempre habrían mantenido su autonomía, la libertad de los poetas también aquí habría sido sagrada, por mucho que la teoría o la poética señalase caminos, y era normal porque se quería estar lejos de los dogmas del marxismo vulgar o del realismo socialista.

Ahora bien, más allá del camino cegado por esos dogmas, estaba la cuestión de acariciar una verdadera revolución de la escritura poética, una práctica poética materialista, o al menos plantearse sus dificultades, algo que no dejaron de hacer Juan Carlos Rodríguez y algunos poetas del grupo. El camino ya estaba señalado en el prólogo a *Las cortezas del fruto* (1980), de Álvaro Salvador, donde Rodríguez señala la oportunidad de convertir la poesía en una práctica ideológica, de asumirla en su realidad histórica y de clase. Esto es, como dice Martín Gijón, “un instrumento ideológico de combate, un útil capaz de indagar en las contradicciones del inconsciente histórico establecido e introducirse en ellas para producir otra moral” (p. 130). En líneas generales esta convicción debió de durar poco, como la nieve al contacto con la sal. Y así el autor de *La intimidad de los espejos* dedica también un capítulo a exponer cómo los propios autores de La otra sentimentalidad, pasados los años, leyeron el proyecto originario, ya en cruce inevitable con la poesía de la experiencia, con la razón narrativa que defiende Jiménez Millán o esa poesía de los seres normales por la que se inclina García Montero, defensora del realismo –un realismo singular– y alejada del irracionalismo y de la experimentación de las vanguardias, aspecto al que Álvaro Salvador, quien abogó por desentrañar el sentido primigenio del concepto de Langbaum, convertido por Gil de Biedma en otra cosa, opuso ciertas reservas (pp. 133-166).

La segunda mitad del libro, que le da título, se ocupa precisamente de la tradición a la cual se agarra La otra sentimentalidad, compuesta por tres nombres básicos: el Machado que les servía para incidir en la historicidad de los sentimientos; el Alberti que les ayudó a pensar la cuestión del compromiso en poesía, del poeta en la calle; y el Jaime Gil de Biedma

que les enseñó el juego de hacer versos, el hermoso simulacro que sería a fin de cuentas un poema. Todas estas páginas vuelven a atrapar al lector interesado y asombran por su exhaustividad, por la gran cantidad de problemáticas que traen a colación y por la calma en cierto modo fría, desapasionada, con la que son tratadas. Me refiero a que *La otra sentimentalidad* y la poesía de la experiencia, como todo el mundo sabe, han estado en el centro de debates literarios –de política literaria por mejor decir– y a que sin embargo esos debates se han llevado más allá de la literatura. Parece absurdo que algo tan inútil o marginal en las relaciones capitalistas de producción como la poesía haya originado estas disputas al fin y al cabo inanes por el capital simbólico, por los prestigios o el poder cultural, pero los poetas y los habitantes de lo que Bourdieu llama el *campo literario* son así. Martín Gijón no entra ni sale en estas disputas y de nuevo hace bien. No se ocupa de estas pasiones porque lo único que le mueve es la pasión que da el conocimiento, por recordar el famoso verso que Gil de Biedma debe a Jorge Guillén y que, desde luego, no escapa al ojo omnisciente del autor de este libro, quien lo considera un lema de *La otra sentimentalidad* por la fusión de esos dos niveles, razón y sentimiento, separados por la ideología burguesa.

La idea machadiana de que los sentimientos, en cuanto resonancias cordiales de los valores en boga, cambian a través de la historia e incluso durante la vida individual del hombre, así como la creencia del autor de *Los complementarios* en que los sentimientos son una elaboración cordial del yo con materiales del mundo externo, con la colaboración del tú o de los otros, llevaron a los jóvenes granadinos a ver en la sentimentalidad un espacio donde, como dijo García Montero, la historia se hace yo y el yo se hace historia (p. 216). La práctica

poética albertiana les mostraba por otro lado que les convenía atender no tanto a las relaciones explícitas entre poesía y política cuanto a las más sutiles articulaciones de la literatura con la ideología. Más que del poeta que lanza consignas, del poeta que comprende el *engagement* como descenso a la calle impura desde el nivel puro del arte y de la creación, como una “urgente gramática necesaria” o un “desorden impuesto”, los jóvenes granadinos aprendieron del Alberti que indaga en la construcción histórica de su yo por el lenguaje familiar y social, en la fundación de la intimidad desde un punto de vista ideológico (pp. 267-296). Jaime Gil de Biedma fue, en fin, el *poeta fuerte* que sometió a los jóvenes granadinos a la *ansiedad de su influencia*, si es que son válidos estos conceptos de Harold Bloom para resaltar lo que en él encontraron, aunque aquí cabe recordar, como hace Martín Gijón, la frase de Pascal de la que se valió Cernuda para referirse a su encuentro con la tradición poética anglosajona: “No me buscarías si no me hubieras encontrado”. Y lo que encontraron está puesto muy bien de relieve en estas palabras del prólogo al número de homenaje que consagraron al poeta catalán en la revista *Litoral*, en 1986: “Sucede a veces que ciertas páginas alcanzan la intimidad de los espejos, y lo que empieza siendo una mirada apasionante sobre lo ajeno se convierte en tarea de reflexión personal” (p. 327). Esto es, un espejo en el que mirarse, una mirada hacia uno mismo como refracción de la mirada hacia otro. Los autores jóvenes que colaboran en ese número, siguen diciendo, hablan a un tiempo de Gil de Biedma y de sí mismos.

La sombra de su intimidad –nos explica Martín Gijón a partir de una imagen poética empleada por García Montero para dejar constancia de cuánto admiraba al autor de *Las personas del verbo*– acabó siendo excesiva,

alargada. Siempre vigilante, siempre preciso en lo referente a las líneas de demarcación teórica, Juan Carlos Rodríguez acabaría alertando de que se corrió el riesgo de confundir el experiencialismo empirista anglosajón con el materialismo histórico, aunque el propio Gil de Biedma considerase marxista el análisis que hace de la burguesía catalana en un poema emblemático como “Barcelona ja no és bona”; un poema que, por lo demás, nos hace pensar en cómo definió Jiménez Millán La otra sentimentalidad en el número de homenaje que *Litoral* dedicó a su compañero García Montero (más espejos) en 1998: “Historia leída a través de una ciudad”. Se refiere, claro está, a esa Granada de hace cuarenta años. En ella todos los que de un modo u otro tuvieron que ver con esta propuesta poética luchaban, como sigue diciendo el propio Jiménez Millán, por la posibilidad de una vida menos sórdida. Y hay que agradecer al autor de este libro magnífico, hoy por hoy único en su terreno, que haya venido a recordarnos esta y otras cosas que nos importan.